

Concurso 2009

# Terminemos el cuento

## Preámbulo

La Unión Latina, Organización Internacional Intergubernamental que reúne 40 Estados de idioma oficial de origen latino, con el patrocinio del Ministerio Español de Educación, Política social y Deporte y de la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB), y Ediciones Trilce, el apoyo de la Embajada de España en Uruguay, el Centro Cultural de España y ANEP-Consejo de Enseñanza Secundaria, convoca a la IX Edición anual del concurso literario internacional para jóvenes **Terminemos el Cuento**.

## Los jóvenes son los protagonistas

**Terminemos el cuento** es una innovadora experiencia creada por la Unión Latina en 1991 en la que estudiantes de 14 a 18 años, de todos los países hispanohablantes, miembros de Unión Latina, son los protagonistas. Este año participan 17 países: Andorra, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, España, Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana, Uruguay, Venezuela y el estado de California (Estados Unidos).

## El concurso

En todos los países, la tarea de cada participante consistirá en concluir el cuento inédito «**El botero de don Claudio**» del escritor chileno Jorge Edwards, finalizándolo de forma diferente a la del autor.

## Una lengua común, un encuentro compartido

Un jurado en cada país seleccionará el relato ganador. Se tendrá en cuenta, para ello, la originalidad y la calidad literaria del final imaginado y escrito por los candidatos y del lenguaje empleado así como **la promoción de los valores de paz y convivencia**. Los ganadores de los distintos países compartirán una semana cultural en España visitando Madrid. Durante este viaje podrán poner en común sus experiencias y asistir a encuentros culturales de diversa índole.

UNIÓ	LLATINA
UNIÓN	LATINA
UNION	LATINE
UNIONE	LATINA
UNIÃO	LATINA
UNIUNEA	LATINĂ

# El botero de don Claudio

por Jorge Edwards

*El relato salió de una nota en una historia de nuestra guerra civil de 1891. Los políticos derrotados escaparon desde Valparaíso en un barco de guerra alemán que hizo escala en El Callao, Perú y siguió a Europa. El botero que llevó al barco al jefe balmacedista Claudio Vicuña no pudo regresar porque la multitud amenazaba con lincharlo. También se embarcó.*

Toda la tarde había escuchado explosiones y ruidos confusos, y al anochecer había tenido la impresión de que el cielo, detrás de los cerros del puerto, era un solo incendio enorme, un infierno en la tierra, encima de los acantilados.

¡Mira!, le había dicho al Tuerto, otro de los boteros de la poza número uno, un zambo medio enrevesado, de pelo crespo, y el otro le había contestado que andaban diciendo por ahí, por ahí, que el mundo se iba a acabar. Después llegaron dos personas, dos empleados de la Intendencia, pálidos como papeles, y les dijeron, ¡eh, vos ahí, y vos también!, que estuvieran preparados. Los dos. El Tuerto tendría que partir con la carga, las maletas, los bultos, las cajitas de té, adelante. Y él, tú, el Huiro, con los caballeros y toda la familia, al final.

Embarcar la carga costó mucho, más de dos horas. El bote del Tuerto quedó hundido hasta cerca del reborde, pintado de un color más oscuro, pero el Tuerto dijo que no tuvieran cuidado. Él, dijo, yo, respondo, patrón. Y empezó a remar con la ayuda de Dioguito, el hijo de su hermana. En la mitad de la poza, entre gaviotas y pelícanos, el Tuerto seguía remando de pie, sin hundirse, con cara de iluminado. Después lo vieron cuando empezaba a descargar junto a la escalerilla del acorazado, con ayuda de los marineros alemanes, que tenían caras coloradas, boinas negras, y usaban camisas con los cuellos bien abiertos, con los pelos del pecho al aire.

Las explosiones siguieron y como que se acercaron, y de repente se escuchaba una balacera, y había gritos y aullidos, y gente de todas las edades que corría por la plaza y que empezaba a apiñarse en el muelle, cerca de la orilla. La gente se reía de los boteros, les tiraba cáscaras de sandías, y algunos vociferaban toda clase de insultos al gobierno. Por las ventanas de la Intendencia, al fondo de la plaza, se notaba que adentro había mucho movimiento. Se apagaban luces y se volvían a prender, y las sombras asustadas corrían de un lado para otro. A veces se asomaba un soldado con un fusil y miraba a la gente en la calle, pero de inmediato se escondía.

En eso, los dos empleados de la Intendencia le hicieron toda clase de señas, más pálidos y más asustados que antes, y uno de ellos hasta mostró una pistola e hizo ademán de disparar al aire. La gente, alrededor suyo, le abrió camino y dejó de gritar por un rato.

¡Abra paso!, chillaba el hombre, con cara de furia, y agitaba su pistola.

El grupo, encabezado por don Claudio, de levita gris y bigotes enroscados hacia arriba, en forma de tirabuzón, avanzó por el centro, con caras muy serias, desencajadas. Don Claudio no abría la boca. Se ayudaba con un bastón grueso y habían contado que adentro del bastón llevaba un estoque filudo. Para matar al primer roto que se le atravesara. Las señoras, en cambio, de mantilla, rezaban, y las chinas lloriqueaban, y los niños andaban a tropezones, mirando para todas partes, pálidos de susto. Todo iba a arder dentro de poco rato, seguro, y la única salvación era el acorazado chato, de color de acero tirando a amarillo, con sus marineros de cuellos grandes y caras de jaiva, con sus águilas imperiales negras, con las bocas gruesas de sus cañones.

Ya vuelvo, le dijo el Huiro al Turnio, agarrando los remos. Espérame.

Te espero, y salimos a celebrar, contestó el Turnio.

¿A celebrar qué?, preguntó el Huiro, sorprendido.

Triunfó la Revolución. Mataron a miles de gobiernistas. ¿Te parece poco?

Él se quedó boquiabierto.

Reme con cuidado, le ordenó don Claudio, con los dientes apretados. Mire que mi señora se marea.

Entonces vio, don Claudio, que algunos jinetes de la caballería de los congresistas habían aparecido frente a la Intendencia, recién llegados de la Placilla, que sólo quedaba en la parte de atrás de uno de los cerros, y le rogó que remara más rápido. No es fácil entender a este caballero, se dijo él, pero, de todos modos, remó con más fuerza. Dos de los jinetes se acercaron a la orilla. Sus lanzas estaban ensangrentadas. Los caballos sudaban, echaban por entre la armazón del freno espuma sucia, y daba la impresión de que los jinetes, después de la batalla, se habían emborrachado con aguardiente.

¡Más rápido!, masculló don Claudio, y ahora sí que tenía miedo por primera vez, verdadero miedo. Se escuchaban gritos más cercanos, y galopes, y una que otra clarinada, y de repente un golpe seco. En el segundo piso de la Intendencia, dos o tres personas agarraban un armatoste pesado, un ropero, o una mesa de mármol negro, y lo tiraban por una ventana. Él observó que el Tuerto había amarrado su bote y había desaparecido entre la gente, sin esperarlo. ¿Cómo voy a volver?, pensó. Su mujer, la Quintilia, con sus dos hijos, se había ido a vivir con un zapatero remendón hacía más de tres años, pero él tenía una negra gorda que le hacía de comer y que de vez en cuando, sobre todo si se había tomado unos vinos, se metía adentro de su cama.

¡Avisale a mi negra!, pensó pedirle al Tuerto, pero ya no había manera de comunicarse con él. Había partido a celebrar, el Tuerto sinvergüenza. Quizás a dónde. Mientras otros entraban en las casas de los que se habían escapado y robaban todo lo que podían.

La parte roja del cielo aumentaba, como si le hubieran echado más leña al infierno. Había erupciones, estallidos, alaridos, piedras que salían disparadas por los aires. Los cerros parecían dominados por una alegría salvaje, incendiaria, como si los pobladores quisieran acabar con todo y empezar de nuevo, desde la ceniza.

¿Cuánto falta?, preguntó don Claudio, que se había arrancado a tirones, de puro nervioso, uno de los botones del chaleco, y que se había puesto, en cambio, una escarapela en la solapa, como para que lo reconocieran y supieran. Él notó que dos soldados bajaban por el muelle, con bayonetas caladas, y que se iban a subir a un bote, pero después les daban contraorden.

Cuando el bote llegó hasta la escalerilla de metal del buque, don Claudio se puso de pie, gordito, con las piernas tembleques, y quiso subir a toda carrera. Después se contuvo, y el pecho se le infló, como si fuera una gran ave de corral, y se le volvió a desinflar, y se hizo a un lado para que subieran primero las señoras y los niños. El capitán del barco, desde la cubierta, miraba para abajo y daba órdenes en alemán. Don Claudio respondía con palabras alemanas sueltas, que no significaban nada, mientras los marineros, que ayudaban a los niños y a las señoras, se hacían señas entre ellos y miraban al caballero gordito, el de la levita y la escarapela, el de los bigotes en punta, el del bastón, de reajo.

Él, el Huiro, recibió su paga, una moneda más o menos gruesa, y remó de vuelta durante un buen rato, pensando en las cosas que le había tocado ver y escuchar ese día. Al acercarse al muelle divisó las lanchas de los revolucionarios, que lo miraban con mala cara. Uno de los infantes de marina levantó su fusil y le apuntó, y él hizo ademán de agacharse.

¡Mueran los balmacedistas conchas-de-su-maire!, gritaron los tripulantes de las lanchas. ¡Muera el Champudo! Y lo miraban a él como si ya lo hubieran sentenciado.

Él siguió remando a todo lo que daba, sin mirar para los lados, y vio que había soldados y caballos de la caballería congresista que ahora bloqueaban la subida al muelle, y creyó divisar una cabeza humana ensartada en una de las lanzas, pero no estuvo seguro. Desde abajo del muelle, un botero viejo, el Taita, amigo suyo y del Turnio, le hacía gestos disimulados, pero enérgicos, para que se alejara. ¡No te acerques, Huirito, porque te van a matar!, pareció que le decía con los labios.

“con la amable autorización del autor”

**(El concursante debe continuar el cuento a partir de este punto)**

## Bases

**I.** Podrán participar en el concurso todos los jóvenes de los países hispanohablantes, miembros de Unión Latina, que previamente hayan hecho la difusión pertinente de dicho certamen y constituido un jurado nacional, cuyas edades estén comprendidas entre 14 y 18 años cumplidos entre el 1º de enero y el 31 de diciembre del 2009.

**II.** Aquellos que deseen participar en el concurso deberán redactar el desenlace final del texto «**El botero de don Claudio**» adjunto a estas bases.

La continuación del episodio deberá redactarse en idioma castellano, ser original e inédito, estar escrito por una sola persona, con una extensión de 2 páginas, tamaño A4 (210 x 297 mm) mecanografiadas a doble espacio por una sola cara. Deberá adjuntarse igualmente una versión en soporte electrónico.

Deberán enviarse 2 originales cosidos o encuadernados junto al relato que se finaliza. Cada original irá firmado; indicará el nombre, apellidos, dirección y teléfono de contacto del participante. En caso de menores de edad será imprescindible adjuntar declaración firmada por los padres o tutores del participante, indicando sus datos personales y documento de identidad, autorizando a su hijo a participar en el concurso y manifestando que aceptan expresamente las bases y condiciones de este concurso.

**III.** Los originales deberán enviarse a Unión Latina, **18 de Julio 948, oficina 102, C. P. 11100 - Montevideo, teléfonos (02) 902 43 47/48, de lunes a viernes de 10 a 16 horas. Correo electrónico: <clatur@internet.com.uy>**

El plazo de admisión de los originales se cerrará el día **28 de agosto de 2009 a las 16 horas.**

El envío a cualquiera de los organizadores de los originales por correo electrónico, no exime a los participantes de enviar una carta debidamente firmada indicando su deseo de participar en el concurso y aceptar sus bases. En el caso de menores de edad, sus padres o tutores deberán enviar la declaración a que se alude en el párrafo anterior.

La Unión Latina no se hace responsable de las posibles pérdidas o deterioro de los originales, ni de los retrasos o cualquier otra circunstancia imputable a los servicios de correos o a terceros que pueda afectar a los envíos de las obras participantes en el concurso.

Una vez hecho público el fallo, los originales no premiados serán destruidos sin que quepa reclamación alguna en este sentido. No se mantendrá correspondencia con los remitentes ni se facilitará información alguna relativa al seguimiento del concurso.

**IV.** En cada país el jurado estará compuesto por 3 miembros, uno de ellos representante de Unión Latina y el resto, de entre los que se elegirá un Presidente, destacadas personalidades del mundo artístico y literario de cada país participante. La composición del jurado no se hará pública hasta el mismo día de la concesión del premio.

**V.** El premio se otorgará a aquella obra de las presentadas que por unanimidad o, en su defecto, por mayoría de votos del jurado, se considere merecedora de ello. En caso de discrepancias el Presidente tendrá voto dirimente, pudiendo quedar desierto el concurso si a juicio del jurado ninguna obra merece ser premiada.

**VI.** El fallo del jurado será inapelable y se hará público en un acto que se celebrará en la segunda quincena del mes de septiembre de 2009 reservándose la Unión Latina el derecho de modificar esta fecha a su conveniencia. En cualquier caso, el fallo deberá producirse antes de las fechas previstas para el disfrute del premio.

**VII.** Se entregará un primer premio, no canjeable, a cada ganador, consistente en **un viaje cultural a España que se realizará del 8 al 15 de noviembre de 2009** (fecha a confirmar). El premio cubrirá los gastos de transporte desde el lugar de residencia del galardonado hasta Madrid, ida y vuelta, alojamiento y manutención en España y seguro médico. Sin perjuicio de lo anterior el jurado podrá otorgar otros premios.

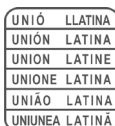
**VIII.** El autor del relato ganador, representado por sus padres o tutores si fuera menor de edad cede a Unión Latina el derecho exclusivo de reproducción y distribución, comunicación pública y traducción a todos los idiomas de su relato, en todas las modalidades de edición y para todo el mundo, con posibilidad de cesión a terceros, por el plazo máximo de duración que para cada modalidad a ejercitar establezca la legislación aplicable en materia de propiedad intelectual.

**IX.** El autor del relato ganador se obliga a suscribir el oportuno contrato de edición según los términos expuestos en estas bases y en la legislación de la Propiedad Intelectual, y cuantos contratos y documentos sean necesarios para la protección de los derechos de explotación cedidos.

**X.** El ganador autoriza expresamente a la entidad convocante a utilizar con fines publicitarios su nombre e imagen en los actos de presentación y material promocional que ésta considere apropiados para la mejor difusión de la obra.

**XI.** La participación en este concurso implica de forma automática la plena y total aceptación, sin reservas, de las presentes bases y el compromiso de no retirar la obra una vez presentada al mismo. Para cualquier diferencia que hubiese de ser dirimida por vía judicial, las partes, renunciando a su propio fuero, se someten expresamente a los Juzgados y Tribunales de la capital del país correspondiente.

organiza:



patrocinan:



apoyan:

